



"Le bonheur" ("La felicidad", 1965), de Agnès Varda.

"Colorín colorado"

Si en su primera película, "El love feroz", José Luis García Sánchez aceptaba las características de un género como el sainete para proponer la contemplación de unos personajes de clase media atados a unos mecanismos sociales y morales que impedían su libertad —sin diferenciación para ello lo que en un principio podía parecer diferenciable: la juventud "liberada" frente a la vejez conservadora, considerando que todos, en un ambiente social preciso, reaccionan de idéntica manera—, en "Colorín colorado", siguiendo la misma pauta del "género" y respetando casi las características de los mismos personajes, da un paso más: José Luis García Sánchez quiere denunciar, con indiscutible mala leche, el chantaje moral de unos supuestos "progres", que en virtud de un medio ambiente burgués juegan a sentirse independientes, pero aceptando complacidos, al mismo tiempo, los "favores" de esa burguesía. Personajes "teóricos" que se han padecido en España durante mucho tiempo, personajes que no acaban de tomar partido en una situación precisa. Para confrontarlos —o para confrontarlo, ya que uno de esos tipos será el que más atención reciba por parte del director—, aparecerá un nuevo personaje en la galería: una criada que si está comprometida directamente con la situación y que sufre por ello persecución y cárcel. Frente a las "purezas" histriónicas del falso "progre", la criada realiza un trabajo político silencioso y eficaz. Mientras el "progre" va ascendiendo en su escalada burguesa, la criada, con objetivos precisos, vive su compromiso sin alardes aparentes.

"Colorín colorado" se inscribe así en un cine que huye del panfleto denunciador de lo que ya sabemos todos para arriesgarse a la aventura de un diálogo para más iniciados. Aunque ello no impide —sería estúpido pensarlo— la difusión de esta película en medios menos informados, lo cierto es que la identificación de los personajes esbozados por García Sánchez (la película, realizada en tiempos de censura menos "aperturistas", no puede proponer una identificación más concreta y tajante) corresponde con más facilidad a los espectadores vinculados de alguna ma-

nera con lo que la acción retrata; es decir, con los "progres" y sus sucedáneos.

Se ha levantado una cierta discusión en torno a "Colorín colorado": los que piensan que películas de este tipo pueden ser aprovechadas "por la derecha" (y ahí están las críticas "positivas" de "El Alcazar" o "Arriba"), y los que creen que un cine que trate de clarificar posturas —o fomentar su rápida clarificación— es siempre necesario y posible. Eliminar una posibilidad de autocrítica por no facilitar datos "al enemigo", es de un idealismo trasnochado; por otra parte, creer que el personaje "progre" de "Colorín colorado" tiene algo que ver, en un ambiente de participación política, con una izquierda comprometida, es sospechoso. Otra cosa, sin embargo, es discutir la película concreta, los elementos dramáticos utilizados por García Sánchez —desde la elección del sainete caricaturesco hasta los datos precisos de cada personaje—. Parece que en este sentido, resultan más diáfanos los elementos del "bunker" —con una extraordinaria interpretación de Mary Carrillo y "Saza"— que los de la progresia, como si, en definitiva, los primeros estuviesen vistos con más atención que los segundos; o, lo que es lo mismo, que la personalidad de los dos actores del ambiente "retro" es tan fuerte y tan excelente que, en una contemplación puramente dramática, acaban por obtener más razón y humanidad que los restantes. Es probable que, en ese sentido, García Sánchez no haya inventado lo suficiente. De la misma forma que en "El love feroz" no podía plantearse esta disyuntiva, aquí, en cambio, es más posible, no porque en el desarrollo argumental de la película los personajes de los padres tengan más datos favorables, sino por el propio desarrollo dramático de la acción. Puede que no hubieran sobrado nuevos elementos caricaturescos que reforzaran la intención.

De cualquier forma, estamos ante una película que continúa una perspectiva nueva para nuestro cine, una materia de trabajo que no tiene por qué acabar en estas películas concretas; lo que está claro es que el cine de José Luis García Sánchez es digno de atención e interés.

Aunque está dentro de nuestros propósitos, no me atrevo a anunciar que continuaremos hablando de esta película, ya que, cuando se dijo esto a propósito de "El love feroz" (TRIUNFO número 675) coincidió con que cerraban esta revista por cuatro meses. ■ DIEGO GALAN.

ellos, los sueños de independencia de tres de sus alumnos, que al final, deseando su libertad, imaginan la posibilidad de ametrallar a profesores, alumnos y familiares. Para facilitar ese final, Anderson, a lo largo de su película, va planteando diversos niveles de realidad, jugando con virados y colores, proponiendo no un desarrollo dramático tradicional, sino un montaje de secuencias aisladas que, en conjunto, puedan ofrecer esa imagen represiva y siniestra de la escuela en cuestión. Montaje que no va profundizando en el análisis de la estructura de esa "escuela", (elemento fácil para una identificación con mundos "adultos"), sino archivando datos que sirvan para la mejor asimilación del final. Película, pues, pensada al revés, donde todo su desarrollo va encaminado a la brillantez de la secuencia de la ametralladora; en el ambiente preciso en el que la película se creó, y dada su escasa incidencia en una profundización de la realidad, puede que no sea desacertado calificarla de oportunista.

Lo que de cualquier manera resulta alucinante en el mundo cinematográfico español es que hayamos necesitado casi ocho años para acceder a esta película. La perspectiva que hoy puede tenerse de "If..." no es, por supuesto, la misma que tuvieron los demás espectadores del mundo en su día. No importa tanto que hoy se pueda calificar "If..." de film menor o de encon-

trarle razones para justificar su éxito de 1969 como el gravísimo hecho de que, en un momento en que se ofrecían desde la pantalla diversas propuestas de cine político, aquí nos quedásemos en bragas. Otros títulos de aquel mismo festival de Cannes siguen siendo desconocidos en España: "Z", de Costa Gavras; "Adalen 31", de Bo Widerberg; "Andrei Rublev", de Tarkovskiy; "La confrontación", de Miklós Jancsó; "Los desertores y los nómadas", de Jakubisko...

¿Qué puede importar que "If..." haya soportado mal el paso de estos ocho años si para nosotros en algún sentido no han transcurrido todavía? El valor coyuntural de "If..." se nos ha escamoteado, y con ello la importancia precisa de unas discusiones que pudieron enriquecer el trabajo de otros cineastas o que pudieran proponer a los espectadores de todo el mundo elementos para el análisis de su realidad cotidiana. Seguimos hablando en fríos conceptos teóricos, pero una película, además, interviene de una manera precisa en su momento histórico, siendo "If..." un claro ejemplo de ello. Su proyección entre nosotros en 1976 no es una recuperación del tiempo perdido —faltaría para ello el conocimiento de las películas que hoy mismo se están haciendo por ahí... y por aquí—, sino un engñoso servicio de filoteca que no debe desorientarnos sobre la auténtica realidad —todavía— de nuestro cine. ■ DIEGO GALAN.